

Nº 70

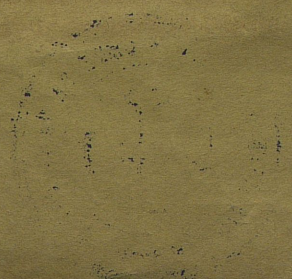
Historia de la Medicina

Su importancia

Handwritten text, likely bleed-through from the reverse side of the page.

Handwritten text, likely bleed-through from the reverse side of the page.

2



IMPORTANCIA
DE LA
HISTORIA DE LA MEDICINA.

DISCURSO LEIDO
EN LA UNIVERSIDAD CENTRAL
POR
DON BONIFACIO MONTEJO ROBLEDO,
en el acto de recibir
la investidura de Doctor en Medicina.

MADRID.

IMPRENTA DE LA VIUDA DE BURGOS,
calle de Toledo, núm. 42.

1852.



U/Bc LEG 1-4 nç70 HTCA



1>0 0 0 0 2 5 7 3 8 5

estudios de mayor interes, de mas provechosos resultados. Apreciador el Gobierno de S. M. de la importancia de la historia de la medicina, hace algunos años creó en la Universidad central una cátedra consagrada esclusivamente á su enseñanza. Reforma útil, que no por poco exigida, era sin embargo menos necesaria: institucion ventajosa en que precedimos y en que precedemos á algunas de las naciones mas adelantadas en la carrera de la civilizacion. Si hubo personas, competentes para apreciar la significacion de tal medida, que no pudieron menos de felicitarse al ver que el Gobierno de S. M. se anticipaba á sus deseos, la mayoría de los médicos no fué de este modo de pensar, profesando la opinion de que la historia de la medicina es de escasa importancia, y su estudio, como suele decirse, puramente de lujo. Molesto seria averiguar las causas porque no ha obtenido la sancion general y unánime que merece con justicia; pero, puesto que aquella opinion forma una creencia arraigada, me ha parecido digno de este sitio y del claustro de la primera Universidad del reino, esponer algunas reflexiones sobre la importancia de la historia de la medicina; confiado en que el interes de la materia y la benignidad del auditorio suplirán á las dotes de que carezco para ocupar su atencion.

Importancia de la Historia de la Medicina.

Cesar Cantu ha dicho con brevedad sencilla y elocuente que los hechos son el lenguaje de Dios, señalando de este modo toda la importancia de su estudio. Los que, consagrados á la práctica difícil de la medicina, tributan un homenaje respetuoso á los hechos, como única verdad científica, se contradicen negando el valor de la historia. Vamos á demostrarlo indicando someramente el poderoso auxilio que presta á los que circunscritos á la práctica, la condenan como estudio especulativo y estéril.

¿Contiene la ciencia los hechos de aplicación positiva y útil en la clínica, adquiridos en el transcurso de los tiempos? ¿Han llegado hasta nosotros conservando y aumentando su valor primitivo, ó por el contrario, han desaparecido siendo notablemente benéficos? ¿Conoce el práctico cuánto conocieron sus antecesores respecto de la patología y de la terapéutica? Seguramente que no; y que, bajo este punto de vista la ciencia es mas reducida, menos perfecta que lo que permiten y pueden hacerla los datos consignados en la historia. Quitad la comprobación afortunada y providencial que Corvisart hizo del admirable hallazgo de la percusión y continuaria igno-

rada ocupando en ella una página oscura. Por la candorosa modestia de práctico tan distinguido, sabe la posteridad que el inventor de aquel método exploratorio fué Abembrugger, médico de Viena en el siglo XVIII y le rinde el tributo de gratitud á que se hizo acreedor por su tan celebrado como útil *In-ventum novum*.—Sin que la ilustracion moderna derivára las preocupaciones que se levantaron contra los baños y los rehabilitára en la opinion de la ciencia y de la sociedad, no los veriamos en nuestros dias empleados con general aceptacion, y no obstante la historia les hacia justicia consignando como algunos pueblos antiguos los desarrollaron con pasmosa generalidad como elemento vasto y poderoso de la terapéutica y de la salud pública.

Existen hechos numerosos y de grande valor, apreciados de una manera distinta en varias épocas de la ciencia; y, como sobre esta apreciacion fundaron sucesivamente las generaciones doctrinas de trascendencia suma, el médico debe estudiarlos en la historia, bajo todos los aspectos en que hayan podido ser considerados; porque, á este conocimiento es difícil pueda llegar el reducido talento de un hombre solo sin esponerse á incurrir en equivocaciones graves. Elocuente testimonio son de esta verdad las aseveraciones de hombres eminentes que niegan el hecho palpable del contagio prescindiendo de su constante comprobacion histórica. Indicado incidental y rudimentariamente en los tiempos antiguos, apreciado en su valor práctico á la época del renacimiento de las letras, y estudiado en los siglos XV y XVI con singular ahinco, fué el cimiento de su conocida doctrina, que sujuzgó el ánimo de los médi-

cos de aquellos siglos y aun de los del siglo XVII hasta el punto de elevarle á condicion generadora absoluta de las enfermedades contagiosas. Pronto fué mirado de otra manera y reducido á menores proporciones por hombres que analizándole, separaron con claridad modos y formas distintas de generacion y propagacion de enfermedades que se confundian con él. Exagerado luego aquel análisis, como por espíritu de sistema, ya no se contentaron con limitarle á los términos espuestos, sino que dudaron de su verdad. Y últimamente, se ha negado de una manera terminante juzgándole por doctrinas de química orgánica que nos facilitan esplicacion mas ingeniosa de su mecanismo, aunque dejan en pié y en toda su evidencia el hecho; y comprobándole con experimentos tan incompletos como la inoculacion, puesta con equivocada creencia en el rango de utilísima é importante conquista de los tiempos modernos. Exageracion estremada; menos disculpable en la actualidad que la que tuvieron los médicos de los siglos XV, XVI y XVII; y que, sin duda, no se hubiera verificado jamás á conocerle en toda su apreciacion histórica, no sustituyendo á la razon y á la laboriosidad científica de médicos y épocas diversas, la esperiencia y la razon personal, menos lata, de mas limitada comprension.

Conociendo históricamente los hechos en sus mas minuciosos detalles, encontramos elementos poderosos de progreso clínico que existen consignados en la ciencia por decirlo así en embrion, faltándoles la fuerza vivificadora de la razon humana para que adquieran el desarrollo conveniente. Por la ignorancia de la historia permanecen sepultados en el mas pro-

fundo olvido privando al médico consagrado á la práctica de las ventajas que pueden proporcionarle. La invencion tan celebrada de Laenec, que ha enriquecido la semeyótica con materiales de inestimable precio, hubiera sido conocida mucho tiempo hace á estudiarse mejor la historia, y á ser apreciados con criterio exacto los datos consignados en las obras de Hipócrates.

Antes de someter á la comprobacion clínica un hecho que en la esperimentacion puede ser de gravísima trascendencia, el médico le juzga buscando casos y razones que tranquilicen su conciencia. La historia es en este caso el rico arsenal de donde el médico saca las armas de ataque ó de defensa del hecho anunciado; y, es tambien la narradora fiel de la caprichosa aceptacion de algunos hechos, ora cediendo á las exigencias nada científicas de la moda, ora admitidos y ensalzados por el deseo de singularizarse y ora tambien creidos ciertos con estraviado candor y buena fé. El estudio de la historia que nos presenta viva toda la fuerza de la verdad en el ejemplo, es entonces de necesidad absoluta. Nuestros antecesores se equivocaron, sin duda, elevando los leños sudoríficos de Indias á la categoría de medicamentos específicos; mas, no siempre se cometen estos estravíos por una observacion hecha con escesiva buena fé y candor. Desgraciado del que no consultando la historia, no conociendo en toda su estension el grave compromiso del experimento, se lanzase á poner en práctica las pruebas peligrosas de la ipsopatía. Nuevas inoculaciones de virus contagiosos, serian para los infelices que padeciesen, nuevas cantidades que decidirian la balanza con enérgica prontitud en favor del mal.

No pueden ser criterio para el médico práctico los conocimientos limitados de tales ó cuales épocas, por mas notable que sea su número, por mas estenso que sea su desarrollo; puesto que, siendo la patología y la terapéutica perpétuamente unas mismas, perpétuos han de ser tambien los fundamentos de aquel. De otro modo, el médico se doblegaría á exigencias pasajeras de la razon humana, olvidando completamente la verdad histórica, traslado fiel de la naturaleza. En la actual época de exigencias químicas y en la opinion de algunas capacidades de la ciencia, es necesario reducir las preparaciones medicamentosas al mayor grado de simplicidad. Referir á reacciones sencillas, á fórmulas breves y determinadas la virtud medicamentosa, es una mejora, una necesidad de la terapéutica; y aunque tienen algunos hechos comprobantes, olvidan con semejante pretension la experiencia y la historia, que proclaman la bondad y el crédito constante de preparaciones enormemente complexas, desde la célebre bebida de las cien yerbas entre los antiguos cántabros, hasta la secular triaca magna de Galeno.

Solo hemos indicado hasta aquí las ventajas que para comprender los hechos, nos proporciona la historia; y por las cuales, su estudio es una obligacion de conciencia para el médico, que debe poseer todos los conocimientos y todos los recursos de sus antepasados. Ahora, examinando su conducta en el trato social, veremos acrecer la importancia de la historia de la medicina, y observaremos la distancia notable en que se encuentra el médico que la estudia y la posee en toda su filosófica estension, comparado con el que, estraño á los tiempos anteriores, no créa

mas que en lo presente. La posicion del médico que, ignorando la historia, ensalza á la cabecera del enfermo como una novedad lo que pudiera estar entregado al olvido, es con frecuencia bochornosa. Figuraos, que al oír las espresiones del que en todas las palabras de su ciencia debe aparecer superior para inspirar la confianza necesaria, el enfermo, que tiene una mediana instruccion, le mira con sorpresa en un principio, le recuerda luego lo que ignora, porque ignora lo pasado, y el sacerdote de la medicina, ó permanece en vergozoso silencio, ó se espone á ser tratado con desden por el que apenas ha saludado los umbrales de la historia. Y no creais, que esto no puede acontecer en el trato social, que es una pintura caprichosa que no tiene modelo en la vida práctica; nó: ¿Qué hace el médico que entra celebrando la conquista nueva y poderosa de la terapéutica, si es saludado por el enfermo con aire de estrañeza ó con sonrisa de desprecio? Creerá que se burla de sus palabras; y, con formalidad candorosa pretenderá convencerle de que la hidroterapia, nombre oscuro, curacion de los males por el agua fria, fórmula clara de la invencion, del hallazgo que el médico pondera con tan gozosa inocencia, es una novedad, es un adelanto, es un progreso. ¡Intento vano! ¡Muestra de ignorancia poco disculpable en cualquiera médico; menos disculpable en los del pais en donde apenas hace un siglo, fué tan estensamente estudiada en todas sus aplicaciones terapéuticas la accion del agua fria! ¿Qué idea puede formarse del médico que ignora lo que tiene en su casa propia, solo porque pertenece á la historia, y se entrega con exagerado entusiasmo á lo estrangero, y encubierto con la

sinonimia de una lengua muerta, sobre todo, porque es divulgado y ponderado en la actualidad como una cosa nueva? Cuando menos se dirá de la educación científica de ese médico que es muy incompleta, si ya no se le trata con sobrado fundamento de pobre peregrino en su ciencia.

El pueblo, que en punto á medicina discurre harto empíricamente, se estravia con frecuencia en sus juicios. Entonces, corresponde al médico defender la ciencia; y no es por cierto con los hechos y la razón individual con los que ha de levantar victoriosa la bandera de la verdad. La historia, que tiene consagradas algunas páginas para contar esos estravíos populares, aconseja al médico cuál debe ser su conducta para defender y salvar el precioso tesoro de los siglos de un fanatismo sistemático, de un charlatanismo aventurero. Demasiados Tésalos cuentan los tiempos modernos, para que, al aparecer uno de esos audaces embaucadores, no defienda el médico el depósito sagrado de la verdad secular de sus calumniosos ataques, y vele, como en santuario religioso, las buenas creencias del pueblo, evitando que derrame despues tristes lágrimas por un éxito tan infeliz como precipitado, tan amargo y doloroso como opuesto á las eternas aseveraciones, á los inmutables principios de la ciencia. Siempre las exageraciones sistemáticas fueron legadas á la historia cubiertas con crespon fúnebre.

Hay épocas en que sojuzgados los hombres por la magia del lenguaje y del talento, pierden sus creencias en la medicina, declarándose escépticos. El médico, que tiene que luchar con el doble enemigo de la seducción y del escepticismo, reclama, en nom-

bre de los inmensos servicios consignados en la historia, el rango y las consideraciones á que es acreedora la medicina. Sin esos recursos, monumentos impercederos de la sabiduría y de la esperiencia de los siglos, atacado el médico con argumentacion tan ingeniosa como sutil, dificilmente podria sostener la bandera de la verdad. Contra la historia se hacen impotentes las trabesuras de la dialéctica, las galas de la imaginacion y los sofismas de la incredulidad. ¿Qué defensa de la medicina podria salir airosa renunciando á los recursos de la historia, al ser combatida aquella ciencia por la pluma popular de Benito Gerónimo Feijoo, tan clara y elegante en la esposicion, tan seductora en el racionio, tan calculadamente insidiosa en las pruebas, tan autorizada por las preocupaciones que habia condenado en sus notables censuras? Favorecido por las circunstancias, el sabio benedictino emprendió la obra laudable de destruir los errores populares; y, ayudado por la fuerza colosal de su erudicion, puso en tela de juicio lo que nunca debió ser mas que objeto de creencia y de fé. Triste resultado de esta aplicacion de la duda, de la tendencia de su espíritu, respecto de la medicina, á la incredulidad, á que irresistiblemente se sentia inclinado, y de las páginas admirablemente escépticas de algun genio médico, fué el desprecio general que llegó á hacerse de la medicina en nuestro pais, desprecio en que, juzgada la medicina en el terreno vivo de la práctica personal, y callándose acerca de lo pasado, eran pruebas de su falta de certidumbre los defectos y contingencias del limitado, incompleto y faláz talento del hombre; como si pudiera poseer individualmente toda la fuerza de su verdad,

que solo existe en la historia secular y completa de la ciencia.

Desplega el entendimiento humano todo su poder en el estudio de las leyes naturales, principio, y fundamento, de las ciencias humanas, y se levanta á magestuosa y admirable altura, cuando arranca á la creacion esos principios, ora por la superioridad del genio, ora por la elaboracion pausada y progresiva de la razon. Es el punto mas elevado á que la inteligencia llega en el estudio de la naturaleza, que forma, por decirlo asi, su apoteosis, que hace mas patente su origen divino. Pero, al mismo tiempo que, reconoce el hombre que es tan grande esa elevacion, y la dificultad suma de llegar á ella, supone, sin embargo, lograrlo con frecuencia porque establece doctrinas mas ó menos ingeniosas, aunque insuficientes al comprobarse en el terreno de la práctica. Es difícil contener el entendimiento humano en esa aspiracion eterna á que irresistiblemente camina por la fuerza de sus insaciables deseos de conocer el origen y causa de las cosas. No cabe dominar esa pretension y evitar sus numerosos peligros, sino estudiando la vida de las ciencias, la vida de la razon. No hay quizá, una ciencia en donde sea mas necesario ese estudio que en la de la medicina; porque, no hay una de mas grave responsabilidad en su práctica; y, sin embargo, se duda de la importancia del estudio de su historia. Consejera amiga y experimentada nos avisa para que no seamos engañados por el atractivo de la novedad bulliciosa; nos enseña, para que no nos dejemos seducir por los rasgos brillantes del genio, aunque se presente en apariencia modesta, aunque imponga con la jactanciosa seguridad de sus asevera-

ciones. Nos dice; que seria la medicina muy pequeña ciencia, si cupiera en el entendimiento de un hombre solo, y escribe sus juicios acerca de las doctrinas y de los sistemas que califica de falaces y transitorios, casi constantemente con caracteres irrevocables. Olvidadas estan las estravagantes inspiraciones de Paracelso y de Vanhelmont, con que intentaron un dia avasallar la ciencia; olvidadas estan las pretensiones de los mecánicos, de los matemáticos y de los químicos, que arrastraron á la multitud por algun tiempo; olvidada esta la seductora clasificacion que Brown hizo de las enfermedades, y que llevó tras sí á la mayor parte de los médicos de su época; y, no tardarán en sufrir completamente la misma suerte las metafísicas y absurdas doctrinas de Samuel Hahnemann. Juzgadas todas en el transcurso de los tiempos, como especulaciones mas ó menos ingeniosas, como teorías mas ó menos brillantes, son monumentos históricos cuyo estudio debe aprovecharnos para lo presente, y servir para lo venidero.

Quedan espuestos varios casos en que la utilidad de la historia de la medicina aparece con claridad notable; aún pudiéramos continuar en esta tarea grata, demostrando, bajo multitud de aspectos distintos, la verdad del objeto sobre que acabamos de discurrir, si el temor de ser molestos á un auditorio tan ilustrado como benigno no nos

detuviera en nuestro propósito. Cuanto hemos dicho de la historia de la medicina, cuanto podríamos añadir corroborando nuestra opinion, se resume en toda su vigorosa evidencia, teniendo presente que el elemento primero y mas importante del hombre científico es la crítica, y la crítica no puede existir en todo su admirable y necesario desarrollo, sin el conocimiento profundo de la historia. Sin crítica, ha dicho un escritor moderno, es la historia un ciego que toma por guía á otro ciego. Con crítica, no es ya simplemente una rival émula del tiempo, un depósito de las acciones humanas, un testigo fiel de lo pasado; no sirve solo, como decia el orador romano, para que no seamos siempre niños, ó para que empecemos á vivir con el hombre, como escribe Hume; vale aun mas que la carta geográfica para el marino. Es la luminosa antorcha de lo pasado vivificada por la observacion y la esperiencia de todos los tiempos, por la razon y el exámen de todos los siglos, arrojando torrentes de luz sobre la época presente, y alumbrando el misterioso camino del porvenir para conducir al hombre al progresivo desarrollo de las ciencias, al completo conocimiento de la verdad.

17

deliberar en nuestro propósito. Quanto hemos dicho de la historia de la medicina, cuanto podríamos añadir corroborando nuestra opinión, es resu-
me en esta su vigorosa evidencia, teniendo presente que el elemento primero y mas importante del hombre científico es la crítica, y la crítica no puede existir en todo su admirable y necesario desarrollo, sin el conocimiento profundo de la historia. Sin crítica, ha dicho un escritor moderno, es la historia un ciego que toma por guía a otro ciego. Con crítica, no es ya simplemente una rival de los del tiempo, un depósito de las acciones humanas, un testigo fiel de lo pasado; no sirve solo, como decía el orador romano, para que no seamos como niños, ó para que empecemos a vivir con el hombre, como escribe Hume; vale aun mas que la carta geográfica para el marino. Es la luminosa antorcha de lo pasado vivificada por la observación y la experiencia de todos los tiempos, por la razón y el examen de todos los siglos, arrojando torrentes de luz sobre la época presente, y alumbrando el misterioso camino del porvenir para conducir al hombre al progresivo desarrollo de las ciencias, al completo conocimiento de la verdad.



Nº 73

(leg 1º P 49)

34 10 5

4